

Azorín, en su casa de Madrid, con el autor del artículo, en diciembre de 1958 (inédita).

**Analiza Maragall, con sorprendente visión crítica, la labor de tales escritores y su encuadre en el panorama de la literatura. Apunta como carácter fundamental y distintivo de los mismos su evolución hacia la sinceridad, hacia la expresión directa y viva del sentimiento. Considera a todos ellos, por encima de otra cualquiera estimación primaria, renovadores del lenguaje**



usted especialmente, buen amigo, a quien tanto tengo que agradecer».

El 28 de febrero del mismo año, en el citado *Diario de Barcelona*, aparece un artículo de Maragall titulado sintomáticamente «La joven escuela castellana». Este artículo supjne evidentemente, dentro de la historiografía de la famosa generación, uno de los primeros intentos interpretativos y básicos para el logro de la comprensión del estilo y de la temática de aquellos jóvenes escritores.

Analiza Maragall, con sorprendente visión crítica, la labor de tales escritores y su encuadre en el panorama de la literatura. Apunta como carácter fundamental y distintivo de los mismos su evolución hacia la sinceridad, hacia la expresión directa y viva del sentimiento.

Considera a todos ellos, por encima de otra cualquiera estimación primaria, renovadores del lenguaje, inmersos como estaban en una tradición clásica lingüística, en la cual las ideas se hallaban un tanto inmóviles y petrificadas. Señala como paradigma de tal tradición la figura de Juan Valera y ataca su supuesto clasicismo, estilismo y casticismo, que desembocan claramente, a su juicio, en la afectación expresiva.

Otro tanto ocurre en el caso del cervantismo de Pereda. Ecceptúa, justamente, el mundo literario creado por Galdós. Y destaca ya una mayor naturalidad en Leopoldo Alas, Palacio Valdés, Unamuno y Altamira. Los jóvenes escritores necesitan crearse una personalidad contra la retórica dominante.

«Por esto nos sentimos impulsados a aplaudir la tendencia de la joven escuela —afirma Maragall en su artículo—. Algo dijimos ya en este sentido a propósito de «El alma castellana», de Martínez Ruiz, quien ahora, con su «Diario de un enfermo», ha afirmado nuevamente su personalidad literaria, que vemos for-

marse vigorosamente en su sensibilidad, intensa en la sobriedad de su estilo». Antes de tratar a Baroja, otra figura sobresaliente de la joven escuela, cita a Bernardo G. de Candamo con mesurado elogio.

De Baroja se detiene en «Vidas sombrías» y en «La casa de Aizgorri». De la primera dice: «Es una colección de impresiones vivas, sentidas por un alma de artista y dichas con expresión directa; hay una plasticidad penetrada de sentimiento que prevalece por encima de todas las modas literarias».

De la segunda: «Es ya una obra completa. Es una tragedia vasca moderna; tiene atmósfera; tiene color; cada personaje es alguien que vive, que se mueve con una pasión, que se agita en un medio social característico». Apunta influencias de Ibsen y de Maeterlinch en Baroja.

Si tenemos en cuenta que las primeras sistematizaciones del concepto Generación del 98 datan de 1910 en adelante —precisamente en una serie de artículos publicados por Azorín en el diario «ABC», no cabe la menor duda que tanto las cartas citadas como las crónicas publicadas por Maragall, suponen un atisbo certero, una formidable intuición crítica, y que cabe señalar a las mismas como el primer hito interpretativo de una nueva forma de expresarse literariamente, en las coordenadas de la autenticidad y de la sobriedad.

Ya Azorín había señalado en 1941 que tales documentos podían ser muy útiles en el estudio de ese grupo de escritores, porque en ellos se observa finalmente lo que los tales escritores iban a representar en España. En el Centenario de la famosa generación, cartas y crónicas adquieren de nuevo misteriosa actualidad. A ella, uno el recuerdo entrañable de mi amistad con Azorín, y la emoción de repasar, sobre la mesa de mi estudio, la letra enérgica y clara del gran poeta catalán.